

IV

INFORMACION ECUMENICA

LA ASAMBLEA DE UPSALA

Quizá lo más elocuente entre los distintos actos a los que asistí de la Asamblea de Upsala haya sido el silencio. Aquel silencio denso y profundo que alternaba con los cánticos y las oraciones en el acto litúrgico de la clausura de la Asamblea en la tarde del viernes, 19 de julio.

Un oficio especialmente preparado para esta magna ceremonia, en la que ocupó la parte principal la Biblia, con el rezo de algunos salmos y cuatro lecturas del Antiguo y del Nuevo Testamento, hechas en hebreo, rumano, griego e indonesio. Hubo cánticos bien pulidos y oraciones pronunciadas en inglés y francés. Emocionante el recitado del Símbolo de Nicea por toda aquella concurrencia, formada por todos los Delegados de la Asamblea y los grandes responsables de las iglesias miembros, vestidos con variedad de gustos y policromía de atuendos. Impresionante asimismo el avanzar de unos cuantos jóvenes, al final de la ceremonia, a lo largo de la nave central de la Catedral, portando pancartas con letreros alusivos al momento.

Pero lo que más me llamó la atención de todo fue el silencio. Un silencio sonoro que resonaba en las naves bellísimas de aquella catedral gótica que ha recogido el aliento espiritual de Suecia a

través de los siglos. Enzarzadas en el silencio podían oírse las voces de cada confesión allí representada. Y la oración de todos aquellos, que en más de una ocasión a lo largo de la Asamblea no se pudieron poner de acuerdo en sus debates y deliberaciones, se empinaba hacia el cielo como los ventanales y agujas de la catedral, hecha unidad de anhelos y de plegarias.

Aquella oración apretada y caliente de cuantos habían tomado parte en el decurso de la Asamblea testimoniaba la convicción de todos ellos sobre el papel preponderante de la plegaria en el quehacer ecuménico. Cuando todos los otros recursos han fallado en el diálogo ecuménico, queda siempre la posibilidad de la oración que remonta dificultades y sobrevuela obstáculos.

Me imagino, por ello, que Natam Söderblom, famoso obispo de Upsala, el gran profeta del ecumenismo, como alguien le ha llamado, sentiría rejuvenecerse sus cenizas en la tumba, siempre llena de flores, que tiene en el crucero de la catedral.

Muchos son los hombres de buena voluntad que en estos días han caminado hacia Upsala en busca de unidad. Y muchos más los que les han acompañado con sus oraciones en toda la cristiandad. Pero la marcha hacia la meta continúa empedrada de dificultades.

“Una ironía de estos tiempos hace que hoy la sociedad profana parezca aspirar más ardientemente a la unión de las iglesias, escribía en un comentario a la Asamblea en “Le Figaro” el pastor G. Richard Molard. Las iglesias parecen a veces tener miedo a los cambios o defender privilegios, formas o estructuras institucionales”. El articulista, que hacía una exposición del programa de Upsala, declaraba que antes de analizar las posiciones verdaderamente doctrinales, las iglesias deberán separar todo aquello que obstaculiza escandalosamente la unión, las formas diversas de discriminación racial, social, cultural e incluso religiosa, de que las iglesias son culpables. O también los compromisos económicos y políticos, el mantenimiento de los hábitos de piedad o de ritos, el apego a tradiciones que son extrañas al mensaje evangélico.

Se hace después unas preguntas inquietantes sobre cómo hallar la unión, cómo hacerla patente, cómo combatir contra las fuerzas que se oponen a ella. Las preguntas, declara, han de ser contestadas rápidamente en la situación de transición por que atraviesa la Iglesia y la sociedad.

Todas las iglesias hoy se hacen estas preguntas y a todos los niveles. Por eso se han dado cita en Upsala.

Y se ha escogido esta ciudad como un símbolo. Su nombre no sólo trae a la memoria la historia religiosa de los sucesos, sino que está asociado a la figura de aquel coloso del ecumenismo, Natam

Söderblom, que ya en el año 1925 organizaba el Congreso de Estocolmo, familiar a los oídos de todos los buscadores de la Unidad. Upsala, con sus 90.000 habitantes, a 70 kilómetros de la capital sueca, sede del arzobispado desde el 1164 y residencia real durante largo tiempo, con prestigioso ambiente universitario de más de 18.000 alumnos, podía ser marco adecuado para la reunión del Congreso.

La Asamblea no ha sido una improvisación. Venía siendo preparada desde hacía bastante tiempo. Ya en 1965 se crearon unas comisiones dentro del Consejo Ecuménico de las Iglesias, encargadas de redactar los esquemas previos que habían de servir de base a las deliberaciones de la Asamblea. De aquellos esquemas salieron luego modificados los documentos definitivos que marcaron la dirección y trazaron los pasos del Congreso.

A mediados de enero pasado aparecieron publicados en un libro que en seguida tuvo versiones en lengua francesa, inglesa y alemana. El libro consta de seis partes correspondientes a cada una de las secciones de que se había de componer la Asamblea, y cuyos temas son los siguientes:

- 1.º *El Espíritu Santo y la Catolicidad de la Iglesia*, tema que trata de buscar una noción común de la catolicidad y de la unidad de la Iglesia y del papel del Espíritu Santo en su formación.
- 2.º *Renovación de la misión*, conforme al cual, aparte de las clásicas bases teológicas para la difusión del Evangelio, se quieren buscar nuevos derroteros justificativos de la misión, teniendo en cuenta los puntos de tensión del hombre actual y los nuevos instrumentos de la evangelización.
- 3.º *Desarrollo mundial económico y social*, donde se plantea el problema del desarrollo visto desde un ángulo religioso, intentando elaborar una teología del progreso y subrayando la función a cumplir por las iglesias en las tareas que este hecho impone.
- 4.º *La justicia y la paz en los asuntos internaciones*, tema que se da la mano con el anterior.
- 5.º *El culto a Dios en una sociedad secularizada*, donde se examina la secularización como una llamada a la renovación y las nuevas formas de culto que parece pedir nuestra época.
- 6.º *Hacia un nuevo estilo de vida*, donde se postulan nuevas formas de vivir para el cristiano contemporáneo ¹.

¹ Toutes choses nouvelles, Upsal, 1968.

Todos estos documentos han sido profundamente estudiados. Examinados en la reunión del Comité Central del CEI en Heraclion a finales de agosto pasado y enviados a las iglesias miembros para un estudio más sereno y reposado.

Demasiados temas para ser tratados y examinados con profundidad en un lapso de tiempo tan corto como es el de 16 días, si bien es cierto que el trabajo ha sido duro e intenso: tres horas por la mañana y dos por la tarde, más otras dos por la noche, además de las reuniones por grupos, por países, por edades, etc.

Enhebrados en ellos iban dos problemas importantes con los que la Asamblea de Upsala se habría de enfrentar desde el primer momento: ¿Qué supone hoy la Iglesia al servicio de la humanidad? ¿Ha de tomar posición respecto a las llamadas teologías nuevas y a los nuevos métodos de interpretación bíblica, o ha de mantenerse marginada a ellos? ¿Estará la Iglesia hoy en condiciones de encararse con el problema de la crisis de la fe y de la secularización avanzante, o habrá de dar de lado a esta problemática enconchándose en sí misma empujada solamente por la dinámica de la verticalidad?

La apertura tuvo lugar el 5 de julio en la vieja catedral de Upsala y en presencia del rey Gustavo VI y del Presidente de Zambia, Kenneth Kaunda. En realidad tuvo un carácter de homenaje a Martín Lutero King, el cual debía haber predicado el sermón de apertura. Fue sustituido por la pastor Niles de Ceylán, que centró su alocución en un llamamiento a la fe, que da la certeza de la victoria de Jesucristo y se expresa a través de la liturgia y del testimonio. Justificó la existencia de un culto público a Dios por parte de las iglesias, como expresión humilde de nuestra dependencia de El y acentuó al mismo tiempo que los cristianos deben comprometerse seriamente en la vida del mundo aquí, "en las ciudades donde habitamos, en las que Dios es recordado y olvidado, reconocido y negado".

En su intervención el Dr. Niles llegó a tocar uno de los puntos álgidos de la Asamblea que había de ser uno de los polos de rotación de la misma. Al día siguiente al de la inauguración, el doctor Visser't Hooft, figura de máximo relieve en los ambientes ecuménicos, Secretaria General del CEI desde su nacimiento en 1948 hasta el año pasado en que fue sustituido por el Dr. Carson Blake, en un discurso verdaderamente trascendente y que marcó profunda huella en todas las intervenciones posteriores, volvió a exponer la idea eje de nuestra dependencia de Dios y de nuestra solidaridad con los hombres. Las dos líneas que han jugado un papel importantísimo en muchos de los debates han sido la de la verticalidad de nuestras relaciones con Dios y la de la horizontalidad de nuestra encarnación en el mundo.

El pastor holandés dijo que la Asamblea debe escuchar a los que piden una renovación profunda de las iglesias y del Consejo

para que puedan dar respuesta a las necesidades que el mundo les plantea. Pero añadió unas palabras que no deben permanecer en la penumbra: "La crisis del movimiento ecuménico no puede reducirse a la problemática de las estructuras eclesísticas, como tantos postulan. La raíz del problema estriba en que es la fe misma como centro de la vida cristiana lo que se problematiza".

"Existe hoy, añadió, una gran tensión entre la interpretación vertical del Evangelio, esencialmente preocupada por la acción salvadora de Dios en la vida de los cristianos, y la interpretación horizontal, centrada sobre las relaciones humanas en el mundo. Un cristianismo que hubiera perdido su dimensión vertical no tendría utilidad alguna para el mundo. Pero un cristianismo que utilizara sus preocupaciones verticales como un medio para escaparse de sus responsabilidades para con el hombre sería tanto como rechazar la encarnación, como rechazar el amor de Dios hacia el hombre manifestado en Cristo."

Dejamos a un lado los aspectos episódicos de la Asamblea, tan rica en sucesos de sumo interés humano y eclesial, como la motivación de la ausencia de la Iglesia ortodoxa y la de la república alemana del Este; la reacción del metropolitano Nikodim ante las críticas de un periodista norteamericano en un diario de gran difusión; el abucheamiento de la juventud pidiendo que se retirara la policía de las intermediaciones de la Asamblea; las intervenciones demasiado acaloradas y aparentemente interesadas de los representantes de varias iglesias en temas cargados de humanismo más que de eclesialidad; la lectura de los mensajes del Papa y del Patriarca Atenágoras, recibidos con singulares muestras de afecto; las intervenciones de las personalidades más destacadas dentro del mundo del ecumenismo. Todo esto, de sumo interés por otra parte, nos llevaría demasiado lejos y rebasaría en mucho el espacio disponible para esta crónica.

Hacemos asimismo caso omiso de las cifras de asistentes, multiformemente clasificados por el impecable sistema de control de que disponía la Asamblea. No haré más que una breve alusión a la mayor parte de los temas, objeto de estudio en la mayor parte de las secciones, así como el de la intercomuni6n, tan profunda y fuertemente debatido.

Me limitaré a hablar de tres aspectos de la Asamblea, porque creo que polarizan en gran parte toda la temática de la misma.

LA JUVENTUD

Una de las cosas que más han agitado la prensa y los medios de informaci6n ha sido la actitud de los jóvenes frente al quehacer de

la Asamblea de Upsala. Y esto por dos motivos. Primeramente por exponer ellos de una manera descarnada los principales problemas que los hombres sesudos ya estaban examinando. Y en segundo lugar, por ser tema específicamente periodístico, ya que las cosas de los jóvenes de muchos meses a esta parte son las que acaparan la atención del mundo.

Y es verdaderamente notable la consideración de que el influjo de la juventud en la Asamblea de Upsala ha sido mucho mayor de lo que se podía esperar. El CEI es un conjunto de iglesias que eligen sus delegados para el envío de los mismos a las Asambleas generales. Estos delegados pueden ser jóvenes u hombres maduros. Lo más frecuente es que las iglesias envíen gente ya hecha a estas reuniones por hallarles más capacitados para la discusión de los asuntos que se hayan de debatir. Además el CEI tiene un Departamento de juventud, el cual ha nombrado a 150 jóvenes de todo el mundo para que asistan a la Asamblea en calidad de observadores, con voz, pero sin voto, ya que solamente tienen derecho a él los delegados de iglesias.

"Del uno al tres de julio, declaraba un comentarista de "La Vanguardia", estos jóvenes estuvieron reunidos a fin de planificar la estrategia a seguir durante la Asamblea. La gran mayoría de ellos, especialmente los provenientes de países occidentales, abogaban por un mayor dinamismo del movimiento ecuménico. Les parece que se avanza muy lentamente. Les interesa, sobre todo, que las iglesias se enrolen en una lucha en pro de los derechos humanos en todo el mundo, sin prestar demasiada atención a las disputas y diferencias teológicas.

Como una excepción, cabía observar que algunos jóvenes luteranos, en cambio, en una reunión que poco antes habían celebrado en Oslo, declararon que en los trabajos del CEI "el hombre y el mundo eclipsan la imagen de Dios", abogando por una mayor despreocupación de las iglesias por los temas humanos. Los participantes jóvenes del tercer mundo sostenían, puede decirse, una posición intermedia. Los jóvenes organizaron su estrategia. Tenían sus reuniones periódicas en las que iban reflexionando sobre los puntos más candentes. Tres veces por semana editaban una revista ciclostilada, "Hot News" (Noticias calientes), en la que expresaban su opinión sobre los acontecimientos y sobre la marcha de la Asamblea. En especial se manifestaban muy sensibles a todo lo que representa suficiencia, discusiones inútiles, triunfalismo, declaraciones bonitas sin ir acompañadas de testimonio".

Todo este fermento provocó a veces momentos de tensión muy fuerte. El primero tuvo lugar ya el día mismo de la inauguración de la Asamblea. La verdad es que la apertura de ésta tuvo los contornos de una estampa clásica: un gran desfile procesional con togas de

variados colores, hábitos policromos y multiformes, túnicas y dalmáticas de diferentes facturas. En fin, un conjunto de talante arcaico y folklórico que exasperó inmediatamente a la juventud, la cual estalló en un grito: "¿Cómo es posible, decían, que una Asamblea que comienza así tenga la osadía de titularse: "Hago nuevas todas las cosas"?"

Por eso no es nada extraño que se dieran algunos episodios verdaderamente periodísticos. Apenas comenzada la ceremonia de apertura y nada más cerrarse las puertas de la catedral, algunos jóvenes que no habían entrado empezaron a convocar a la multitud que había quedado fuera con gritos subversivos, diciendo: "Reuníos aquí los que queráis discutir los verdaderos problemas de esas iglesias que están ahí dentro". Estas palabras fueron proferidas por un pastor de la Iglesia Reformada de Francia, Ambroise Monod, representante además de juventud. En seguida la policía sueca le echó mano y mientras era arrastrado hacia la comisaría con otros varios gritaba: "Esta es la verdadera procesión" y no la de antes.

Otra escena barullosa estalló cuando dos representantes de juventud entraron en la sala del comité de nombramientos, que es el que señala las personas que han de ocupar los puestos ejecutivos del Consejo Mundial. Esta actitud fue motivada porque los jóvenes, por no ser delegados de iglesias, no tenían voto en las deliberaciones, aunque pudieran intervenir con su palabra.

Todo esto iba creando un clima de protesta que terminó en una "marcha sobre Upsala" realizada por 80 jóvenes que durante tres días estuvieron caminando desde Estocolmo hasta el lugar de la Asamblea, llevando pancartas cuyos textos transcribe la revista *Soepr*, órgano del CEI: "Cristo trabaja sólo en el tercer mundo, mientras las iglesias celebran sus cultos", decía una. "Consejo Ecu-ménico de los eclesiásticos", decía otra. "El hábito no hace al monje". "Menos discursos y más sacrificios". "Las iglesias deben renunciar a sus privilegios". "El culto no es un espectáculo", etc.

Los jóvenes además eran portadores de un mensaje para el Secretario general del CEI, Carson Blake, en el cual decían que el cristianismo no se inclina sólo hacia el amor al prójimo en el terreno individual, sino también en el plano colectivo de la vida social. Por ello piden al Consejo que tomen posturas concretas a favor de la causa de la justicia y de la paz en el mundo. Y más en concreto este escrito solicitaba que el Consejo se pronunciara a favor de la creación de un impuesto mundial progresivo entre las naciones, en el que se dedique, al menos el dos por ciento del producto de los países ricos como ayuda a los países pobres; que se transforme la organización del comercio mundial hoy en favor de los países poderosos; que se condenen los regímenes racistas, la intervención americana en el Vietnam, y las persecuciones religiosas que bajo

diversas formas existen en numerosos países. Los jóvenes pedían igualmente tomas de postura radicales para realizar la unión de las iglesias, incluida la católica, "cuyo valiente esfuerzo de renovación", aplauden los jóvenes de todas las confesiones; la cooperación con todas las religiones no cristianas; la renuncia por parte de todas las iglesias a todos los privilegios, poderes y riquezas de los siglos pasados.

El Dr. Carson Blake les recibió amablemente, aceptó el escrito que le presentaron, les prometió presentarlo a su vez a la Asamblea, que ya estaba estudiando no pocos de los problemas de los que ellos se hacían eco en su mensaje. Les prometió que sería estudiado con detenimiento y que, sin duda, sería tenido en consideración por los delegados de las iglesias. "Estamos de acuerdo en muchos de los puntos solicitados, les dijo, pero el problema está en encontrar los medios para actuar con eficacia". Y les subrayó que si bien el CEI tiene que encarar los problemas del mundo, no puede ser confundido el Consejo de Iglesias con la ONU ².

En general las quejas de los jóvenes podían ser resumidas en la trilogía que una chica alemana publicaba en el multicopiado periódico de los jóvenes, haciéndose eco de una famosa intervención de Mons. De Smedt en el Concilio Vaticano II: tres críticas contra los actuales dirigentes ecuménicos: el *clericalismo*, que ata excesivamente el ecumenismo a las instituciones eclesiásticas; el *triumfalismo*, que tienta a los cristianos cuando consideran su número en todo lo ancho del mundo; y el *verbalismo* de quienes hablan y hablan sin cesar de unidad y de justicia, pero no llegan a realizar gran cosa.

Otra de las cosas que también criticaban era el concordismo que aparece en casi todos los documentos; el excesivo número de textos sometidos a aprobación. Pedían un mayor número de jóvenes en la próxima Asamblea, que ésta tenga mayor representatividad y eficiencia en la redacción y aprobación de documentos. Se quejan, y esto era queja unánime y no sólo de los jóvenes, del predominio anglosajón en la Asamblea. Y pedían que la próxima reunión tenga lugar fuera de las fronteras de predominio europeo y en concreto nórdico, postulando por la celebración en la Habana o en Ciudad del Cabo.

Pero ni siquiera entre los jóvenes reinaba la unidad. Ni aun la misma delegación de la juventud estaba unida. Como quiera que eran nuevos en esta clase de intervenciones, hubieron de gastar un tiempo precioso en conocerse ellos mismos y conocer los reglamentos. Y hasta les resultaba difícil el diálogo entre ellos mismos. Los precedentes del tercer mundo no eran demasiado asequibles a los demás. Acusaban a los jóvenes europeos y a los yanquis de falta de

² SOEPI, 12 julio 1968, 10-12.

realismo, de exceso de idealismo, de que tomaban demasiado alegremente los problemas más serios, de que incluso se manifestaban burgueses en el modo de hablar contra la burguesía.

“No queremos soluciones europeas, ni siquiera las de los jóvenes”, decía un brasileño. “Antes de venir a dirigirnos nuestras revoluciones, revolucionad vuestra podrida sociedad, de la que no tenemos nada que aprender, gritaba un ecuatoriano por la televisión sueca.

El problema de la distancia entre generaciones afloró con cierta crudeza en Upsala. Si bien es cierto que la actitud de parte de la juventud no parecía concordar con el ambiente ideal de una Asamblea de unidad, su situación un tanto marginal a la Asamblea misma al no tener voto en las decisiones, su radicalismo característico, por otra parte, les hacía refugiarse en la crítica y en la presión, por falta de solidaridad con los responsables de la marcha de la Asamblea.

Aparte de esto mostraron señales de ausencia de sentido práctico en la respuesta que mediante su periódico dieron a la pregunta que el Secretario general les formuló, como contestación a sus demandas: “decidnos qué queréis”, les dijo, y se limitaron a enunciar una serie de lugares comunes, cuya solución es más propia de las reuniones de las Naciones Unidas que de una convención de representantes de iglesias. Los puntos que presentaron hablaban de rechazo del racismo y de otras presiones, de cambio de estructuras, de un sistema de impuestos a los países ricos y boicot a las comodidades, de programas de educación, de apoyo moral y financiero a los revolucionarios en diferentes países, de supresión del bloqueo de Cuba, presión sobre los gobiernos en diferentes situaciones de conflicto, como el del Vietnam y la lucha Nigeria-Biafra, etc.

Proposiciones, de las cuales la mayor parte nunca podrán ser apoyadas por las iglesias oficiales. Y escapan a la acción directa y a los poderes de realización de los reunidos en nombre del CEI, quienes, si bien están de acuerdo en la solución de determinados problemas, son conscientes de que la dificultad está en el cómo llegar a su acabamiento.

La reacción de los hombres maduros ante la juventud ha sido muy considerada y comprensiva. Hubo quienes les criticaron con cierto desprecio diciendo de ellos: “no saben lo que quieren”. Algunos otros les consideraban demasiado radicales. Otros reconocían no poco positivo en sus aportaciones y trataban de separar el oro de la ganga, como el Secretario general cuando afirmó: “Los jóvenes han dicho muchas estupideces, pero también cosas aceptables”.

Incluso han tenido sus panegiristas, como el conocido escritor ecuménico Neill, que quizá dramatice demasiado la tensión entre generaciones, al afirmar: “La situación es trágica. El servicio de la Iglesia al mundo no es posible más que en la unidad. Si no nos

comprometemos todos por esa unidad, cueste lo que cueste, la juventud se separará de las iglesias. O actuamos rápidamente o la tragedia llegará al colmo”.

Y el prior de Taizé, Roger Schutz: “Somos conscientes del virus de la sociedad cristiana: controversia, autodefensa, justificación. El ecumenismo no es una nueva ideología ni un tema de conferencia. Con la violencia de los pacíficos pedimos para los jóvenes indiferentes que huyen de la Iglesia algo más que lo que les decepciona. Esperamos de los responsables de las iglesias gestos nuevos, encuentros de nuevo estilo. Si los jóvenes no pueden participar en la decisión, habrá una nueva ruptura en este siglo: dos sociedades, dos iglesias, la del pasado y la del futuro”.

Pero esta ruptura no se ha dado en Upsala, porque uno de sus grandes logros, como luego veremos, ha sido el del equilibrio, precisamente por la intervención acertada de aquellos hombres “entre los treinta y cinco y los cincuenta años”, de los que alguien esperaba que fuesen los moderadores en este diálogo entre generaciones. Lo han hecho y con acierto. Por eso el resultado ha sido altamente esperanzador.

Así lo han reconocido los mismos representantes de juventud. La señorita Helen Lablac, católica canadiense, vicepresidente internacional de la MIJARC, participante juvenil en la Asamblea, se manifestaba contenta de los trabajos realizados por la juventud. “En las diversas secciones de estudio de los documentos hemos influido más de lo que esperábamos. Hemos conseguido algunos objetivos que nos proponíamos en los textos presentados. Incluso en alguna sección hemos propuesto enmiendas en la redacción de los documentos. Esperamos que la Asamblea general las acepte definitivamente. En conclusión, añadía, hemos visto que la división no puede hacerse entre jóvenes y mayores, sino entre conservadores y avanzados... Cuando se hable de la reforma de la estructura del CEI, deseamos conseguir que los jóvenes puedan participar en las Asambleas como miembros con pleno derecho. Pero debemos venir bien preparados...”

Recuerdo a este respecto las palabras que oí en su celda al prior de Taizé cuando el movimiento del monasterio reformado francés constituía una novedad en el mundo católico. Eran los días aquellos de las primeras reformas iniciadas por el Papa Juan XXIII. “Ustedes hablan ahora de la juventud de la Iglesia, decía el prior de Taizé refiriéndose a los católicos. Yo veo la juventud de la Iglesia en el Papa Juan XXIII y en el Cardenal Bea”, maduros por los años pero con la verdadera juventud en el alma. Por eso me parecen verdaderamente acertadas las palabras antes aducidas de la señorita Helen Lablac: “La división no puede establecerse entre jóvenes y mayores, sino entre conservadores y avanzados”.

PREOCUPACION POR LOS PROBLEMAS DEL MUNDO

Bien puede decirse que ha sido la de Upsala la primera Asamblea del CEI en la que se han tocado de forma destacada los problemas del mundo. También el Vaticano II ha dedicado a este tema el famoso esquema XIII. Y no es poco lo que el decreto del Vaticano ha influido en la marcha de las deliberaciones de Upsala. La preocupación por el mundo ha sido tan destacada que incluso al tratar problemas tan eclesiásticos como es el del culto y la liturgia, lo rotularon y estudiaron engastado en la problemática del mundo: "El culto a Dios en un mundo secularizado".

Por eso no tiene nada de sorprendente que hayan sido los relativos al desarrollo de los pueblos, los de la paz y las injusticias sociales, es decir los de la sección III y IV los que han acaparado el tiempo y el interés de las jornadas de Upsala, más aún que el estudio de la intervención de las iglesias en los asuntos internacionales, el de la renovación de la misión, el de la búsqueda de un nuevo estilo de vida, e incluso el de la catolicidad y unidad, que eran los que privaban en los apartados de Fe y Constitución.

"El mero hecho de que estos asuntos hayan sido tratados, escribía un comentarista, es ya un signo plenamente positivo... Habría que imaginar a las iglesias ortodoxas, protestantes y anglicanas, representadas en Upsala, como habitantes de un planeta diferente al nuestro, para extrañarse del hecho de que las preocupaciones y tensiones de la Asamblea ofrezcan numerosas coincidencias con las tensiones y preocupaciones del Vaticano II."

"El cristianismo se halla actualmente ante una alternativa. Debe decidirse entre un cristianismo que insista preferentemente en nuestras relaciones individuales con Dios y la salvación personal, que de El nos viene, viviendo una espiritualidad desencarnada y, como tal, apartada del mundo, y de sus realidades. O más bien un cristianismo de encarnación, en el que sin olvidar, o más bien a causa del aspecto vertical de nuestra vida de fe, se tenga en cuenta una formación especial al servicio horizontal de los hombres con sus problemas. Esta encrucijada aparece vitalmente manifestada en la actitud adoptada por algunas delegaciones. La Asamblea ha tomado partido claramente por la misión de la Iglesia en el mundo... Así se explica que el ochenta por ciento de los oradores hayan hablado del hambre, de la paz, de los pueblos subdesarrollados", etc.

El camino por el que se ha metido el CEI con esta problemática es parecido al de la Iglesia Católica desde la "Pacem in terris", la "Populorum progressio" y la Constitución pastoral del Vaticano II sobre "La Iglesia y el mundo". De hecho estos escritos junto con los resultados de las Conferencias de "Iglesia y Sociedad" de Ginebra de 1966 y la Conferencia de Beirut de 1968 forman la documentación básica recomendada para las secciones III y IV.

El antiguo Secretario general del Consejo, Dr. Visser't Hooft, ha subrayado en una de las conferencias iniciales este punto de vista, poniendo de relieve lo que podría denominarse cambio de perspectivas eclesiológicas. Ha indicado que el eje de la problemática actual del movimiento ecuménico así como el signo de su renovación tiene que apuntar a las relaciones Iglesia-mundo. Si la Asamblea ha escogido como lema general de la misma las palabras del Apocalipsis que hablan de hacer nuevas todas las cosas, esta novedad ha de extenderse a una renovación total no sólo de las iglesias en sus estructuras y su proyección interior, sino también y principalmente en sus relaciones de puertas afuera, en el contenido y en el significado de su misión. En su famosa intervención el Ex-Secretario general quiso conjuntar y coordinar las dos direcciones de las aspiraciones eclesiales: verticalidad y encarnación.

No sólo deben ser preocupación sangrante de las iglesias los temas teológicos y los asuntos dogmáticos referentes a la unidad y catolicidad, a la unión y a la separación, que por otra parte siempre constituirán el hondón de la problemática intereclesial, sino también las cuestiones aparentemente más triviales y caseras, del hambre y la ignorancia, que también las Iglesias deben abordar si quieren pisar las realidades terrenas en las que se mueven los hombres a los que tienen que salvar. Todo esto es una exigencia de lo que el Papa Juan XXIII llamaba el "aggiornamento", la puesta al día de las instituciones eclesiales.

Así han sido muchas las voces que se han levantado durante las sesiones de la Asamblea para hablar de los países ricos y de los pobres. Entre los oradores más notables hay que destacar a Kenneth Kaunda, el presidente de Zambia, que ha puesto el dedo sobre la llaga al manejar unas cifras escalofriantes sobre el desequilibrio económico entre unos pueblos y otros, sobre los gastos militares de las Naciones ultradesarrolladas, que serían más que suficientes para arrancar de la miseria y de la postración a las gentes de color. De sus labios los oyentes escucharon palabras patéticas sobre la situación infrahumana de grandes zonas de África, Asia e Hispanoamérica.

En el mismo sentido se desarrolló una de las conferencias más aplaudidas de toda la Asamblea, la de lady Jackson (Bárbara Ward), la famosa economista y escritora inglesa católica. "Si los cristianos, como tantas veces hemos dicho, tienen una vocación especial, ésta ha de consistir, en esta época de unificación técnica, de interdependencia económica y de comunicación planetaria, en fomentar y crear una comunidad moral que se desarrolle simultáneamente con esta comunidad material en la que vivimos"³.

³ SOEPI, 12 julio 1968, 4-6.

Estas conferencias apuntan a uno de los ejes sobre los que ha girado la Conferencia de Upsala. Las injusticias sociales que han provocado todas las revoluciones en los países occidentales en los dos últimos siglos parecen un verdadero juego de niños al lado de la situación de injusticia internacional en que se encuentra actualmente el mundo. La expansión demográfica que afecta sobre todo a los países menos desarrollados, el juego internacional de los capitalismo privados y liberales o estatales y totalitarios, la extensión de los mercados buscada por los países ricos, la ausencia de infraestructuras económicas y culturales en los países pobres, todo contribuye a ahondar el foso que separa la civilización de la abundancia y el tercer mundo. Los países subdesarrollados no sólo son muy pobres, sino que lo son cada día más en comparación con el avance de los pueblos ricos.

Los cacareados "fondos de ayuda exterior" con que algunos países ricos tranquilizan su conciencia, no sólo son muy insuficientes, sino que son frecuentemente sumas convertibles en beneficios óptimos. Con frecuencia se tiene la impresión de que la ayuda al país pobre es en realidad una "inversión de capital" en el país pobre. La operación, que pretende ser de solidaridad humana, se realiza frecuentísimamente como autoservicio y como explotación".

Las reacciones de los delegados de iglesias han sido sumamente variadas, como variada es la procedencia de los mismos. La situación de las iglesias de las que los delegados eran representantes atraviesa situaciones completamente distintas. Hay iglesias que están ahora dejando la larva del régimen feudal. La mayor parte de las iglesias de estado, las iglesias clásicas del norte europeo, unidas a la política y a la economía estatal, no gozan de la libertad de movimientos necesaria para emprender una reforma a fondo y a tono con las exigencias del momento actual.

Por eso ha podido decir Carson Blake que "las iglesias han representado siempre fuerzas conservadoras". Si esto es verdad, no es poco que los representantes de esas mismas iglesias hayan oído hablar repetidas veces a lo largo de la Asamblea de la conveniencia de que las iglesias se conviertan en grupos de presión ante los gobernantes del mundo. Presión para que los gobiernos destinen un porcentaje del producto nacional bruto a los pueblos subdesarrollados. Presión contra todo segregacionismo, sea cual sea su motivo, social, económico, político o religioso. Presión ejercida sobre la Asamblea misma con sus declaraciones sobre Vietnam y sobre el conflicto Nigeria-Biafra.

La Iglesia debe hablar claramente de los problemas del desarrollo de los pueblos, dijo el economista francés André Philip, "porque nosotros sabemos que el hombre ha sido creado por Dios para dominar y organizar la naturaleza, no para estar sometido a sus leyes naturales de rapiña y de muerte. Cristo ha muerto en la cruz no

por la independencia de un solo pueblo o de una ideología, sino por la salvación de cada uno de nosotros". Subrayó que cada uno de nosotros, no solamente es responsable de sus actos, sino también de sus omisiones, el jurista francés dijo que el Espíritu Santo nos interpela mediante los sucesos cotidianos y nos dice también a nosotros las palabras bíblicas: "Caín, ¿dónde está tu hermano?".

No basta con enviar alimentos a los desheredados, es menester buscar y combatir las causas del hambre. Hay que cambiar las estructuras feudales en que vivimos. Y "si bien la revolución agraria en sí misma no es una solución, es un prolegómeno necesario en la medida en que el régimen feudal bloquea toda posibilidad de desarrollo".

No sólo la palabra presión, sino la de revolución fue frecuentemente manejada en la Asamblea. El indio M. M. Thomas, que fue uno de los presidentes de la Conferencia mundial "Iglesia y Sociedad" de 1966 y actualmente es director del Instituto cristiano para el estudio de la Religión y de la Sociedad en Bangalore, la hizo eje de su intervención en la sesión vespertina del día 13 de julio. "Se me ha pedido que hable de los asuntos relativos a la vida y a la actividad de la Iglesia en un mundo en plena revolución... Este tema es el esencial de nuestra Asamblea.

En todos los documentos de la Asamblea se constata la voluntad de repensar toda la vida de la Iglesia. Hay quienes definen la misión como una participación en la revolución en nombre de la humanidad y del hombre. La Iglesia, al oponerse a las revoluciones que han aparecido a lo largo de la historia, ha perdido en Occidente la autoridad que le hubiera permitido la evangelización; ha perdido la oportunidad de anunciar el Evangelio a zonas enteras de la humanidad".

"El ecumenismo cristiano, continuó diciendo el relator, no tiene sentido más que si puede ser la base de un nuevo humanismo que permita comprender las revoluciones de nuestro tiempo y participar críticamente en ellas. Esto no significa que la fe se vaya a reducir a una ideología de la revolución, sino que la fe debe ser puesta en relación dinámica con las ideologías de la revolución a fin de someterlas al criterio y poder de la nueva humanidad en Cristo, de modo que se logre hacer a la revolución más realista y humana"... "La unidad de las iglesias debe ser una verdadera unidad, realizada en la misión común, en la común respuesta a Cristo, presente y operante por la humanidad del hombre en la eferescencia revolucionaria de nuestra época" ⁴.

Y no fue la suya una voz aislada entre las que abogaban porque las iglesias se comprometieran pastoralmente con la revolución. Un

⁴ SOEPI, 18 julio 1968, 6-10.

delegado metodista llegaba a afirmar que "el problema más urgente hoy es transformar a las iglesias en comunidades eficaces en el terreno político". En cambio, un delegado alemán señalaba el peligro de todo apoyo a los movimientos revolucionarios recordando que "ya son demasiadas las lágrimas causadas por una ideología que viera en la guerra una continuación de la política con otros medios".

Y estas diferencias no sólo se echaban de ver entre los delegados de diversas iglesias, sino entre los que representaban a una misma comunidad. Así mientras el obispo ruso Mikael de Tikhvinsk afirmaba que los herejes de los tiempos modernos son quienes explotan al hombre, quienes fabrican las armas atómicas y desencadenan la guerra" y pedía a la Iglesia que excomulgara a quienes trabajaban en fábricas de armamentos si no cambian el trabajo, su superior el metropolitano Nikodim, arzobispo de Leningrado y Novgorod, afirmaba que no eran las excomuniones la solución y se mostraba "más partidario de la evolución que de la revolución".

Todo este choque de ideas tan dispares surge en la discusión de un texto, en el que se condena la carrera de armamentos, extendida expresamente a la fabricación de armas nucleares, bacteriológicas y químicas, junto con la petición de que se garantice la seguridad de las naciones que no poseen armas nucleares, así como se pide una actitud clara contra el racismo y en apoyo de los grandes organismos internacionales.

El resultado práctico de todos estos debates y confrontamientos de ideas cristalizará en algo real, si los documentos aprobados a este respecto en las sesiones finales de la Asamblea tienen después el respaldo de la buena acogida y la puesta en práctica por las iglesias miembros del CEI.

Alguien ha comparado, y por cierto con poca fortuna, las Asambleas generales del CEI con los Concilios de la Iglesia católica y establecido parangón entre las decisiones tomadas en las primeras y los decretos aprobados en los segundos. La diferencia es palmaria. No se trata de textos amplios y matizados teológicamente como los del Vaticano II, ya que son dos Asambleas muy distintas, no sólo por el número de participantes, sino por el tiempo empleado en el estudio de los trabajos.

Las decisiones conciliares tienen carácter obligatorio para cuantos dicen pertenecer a la Iglesia católica. Las del CEI en cambio, no implican obligación ya que su carácter es meramente normativo, orientador. Por otra parte, al Concilio asisten los Obispos, jefes de sus iglesias respectivas que son quienes han de poner en práctica los decretos que ellos mismos han votado. En las del CEI no son las iglesias ni siquiera sus jefes los que asisten como delegados, sino unos representantes que ellas mismas han elegido. Los cuales, al

regreso pueden ser escuchados o no, secundados o abandonados por sus respectivos correligionarios ⁵.

Es difícil cambiar mentalidades y renovar estructuras. La opinión pública pesa mucho en esas iglesias que no están acostumbradas a una docilidad de aceptación de la doctrina impuesta por un Concilio o propuesta por el Magisterio ordinario de la Iglesia.

No obstante es claro que las Asambleas del CEI suponen un avance en el camino de la comprensión, mediante la confrontación de criterios y el examen conjunto de problemas comunes. Y son ante todo un testimonio del esfuerzo de los cristianos por comprender y ayudar al mundo.

"Quizá una de las características más nuevas de nuestra época, escribe el cronista del "Ya" para la Asamblea de Upsala, es la conciencia de que la recta acción es el verdadero juez del recto discurso. Ha surgido ya un neologismo: "ortopraxis" u "ortopraxia". Y la demanda de "ortopraxia" no se satisface con simples proclamaciones de "ortodoxia". Creemos que en Upsala las iglesias han iniciado un paso que puede ser serio y decisivo para que el mundo se haga un poco mejor de lo que vemos ahora a nuestro alrededor. No hay que decir, porque ya es sabido, que la Iglesia católica ha lanzado su línea de colaboración con el Consejo Mundial precisamente en este orden de cosas. Si los teólogos dialogantes consideran estos problemas como interiores y no como exteriores a su quehacer teológico. Si los delegados, al volver de Upsala, repiten muy claramente todas estas cosas a los suyos, si sus jefes les secundan y sus hermanos los apoyan, no hay duda que ello implicaría un nuevo estilo de vida, quizá a tono con la frase de la Asamblea: "He aquí que hago nuevas todas las cosas".

PRESENCIA DE LA IGLESIA CATOLICA EN LA ASAMBLEA

Puede decirse que ha sido muy importante y que se ha dejado sentir en todas partes. No sólo hay que hablar de los quince *observadores oficiales*, nombrados por el Secretario para la Unión de los Cristianos de Roma, de los que sólo pudieron asistir catorce, por no haberlo podido hacer a última hora un observador católico africano.

Hay que tener en cuenta además a los *consejeros católicos* nombrados por el Consejo Mundial de las Iglesias, entre los que se

⁵ Entrevista del pastor Ives Poulain en la "Bonne Nouvelle" con el pastor Albert van den Heuvel, Director del Departamento de Comunicación del CEI, SOEPI, 8 febrero 1968.

MAURICIO VILLAÍN: *Los católicos ante la Asamblea de Upsala*, Renovación Euménica, 1 (1968) 19.

hallaba el P. Tucci, Director de la "Civiltà cattolica", órgano oficioso del Vaticano.

Hubo también un número determinado de *participantes de juventud*, pertenecientes a organismos internacionales católicos. Un número asimismo respetable de periodistas católicos, representantes de periódicos de gran difusión y de revistas especializadas de teología, sociología religiosa, pastoral, ecumenismo, etc.

También se encontraban católicos entre los miembros de la organización material de la Asamblea, así como entre los muchísimos "sirvientes" de la misma, jóvenes que atendían constantemente a las necesidades de la organización y servicios varios, desde la limpieza de los locales, las atenciones de los comedores y bares, hasta la oficina de prensa.

Teniendo todo esto en cuenta no es exagerada la cifra de que pasaban de los doscientos los católicos presentes en Upsala. Hecho totalmente insólito en esta clase de Asambleas y por sí mismo más que sintomático para descubrirnos el cambio de clima efectuado entre la Iglesia católica y el CEI en los últimos años.

La presencia española estuvo representada por el P. Antonio María Javierre, Salesiano, decano de la Facultad Teológica Salesiana de Roma; D. Pedro Rodríguez, del Opus Dei, profesor de Teología ecuménica en la Universidad de Pamplona; Salvador G. de Arteché, abogado oscense y actualmente estuudio de la Biblioteca del CEI en Ginebra; los Padres Matabosch y Acebal, enviados de "La Vanguardia" y de "Ya", respectivamente; los protestantes D. Ramón Taibo, obispo de la Iglesia Episcopal Reformada Española, además de los señores Cardona, Corvillón, Capó y Struch. A ellos hay que añadir al P. Francisco Albarracín y D. Julián García Hernando, del Secretariado Nacional de Ecumenismo y al P. Manuel G. Bueno, O.P., director del Movimiento "A la Unidad por María".

Por otra parte la presencia de los católicos se consideraba totalmente normal. Incluso a veces parecía que eran las voces de los católicos las que se escuchaban con mayor atención. Este cambio de clima no ha surgido por generación espontánea. Ha sido fruto de logros periódicamente conseguidos en una continuada mejora de relaciones mutuas. A este respecto hay que consignar la creación del Comité mixto de trabajo creado en la conferencia de Enugú en 1955 entre teólogos católicos y representantes del CEI, cuyo empeño común ha cristalizado en una atmósfera de simpatía y cordialidad. Además la *Comisión exploratoria* en materias sociales y de desarrollo económico, donde técnicos católicos y del Consejo Mundial han estudiado las posibilidades prácticas de colaboración entre todas las iglesias en el terreno económico social en el tercer mundo.

Otro hecho importante en la línea de aportes a la creación de un clima amistoso entre las iglesias ha sido la *participación de la*

Iglesia católica como miembro de los Consejos nacionales de Iglesias en varios países. En esas regiones, generalmente de tradición pluralista, la colaboración de la Iglesia católica a nivel de caridad con otras iglesias ha limado asperezas y hecho brotar el amor mutuo, base imprescindible para la mutua colaboración.

Es significativa la acogida favorable que la Asamblea entera prestó a las dos conferencias pronunciadas por representantes católicos en los plenos de la misma: la de lady Jackson (Bárbara Ward), que fue largamente ovacionada y de la que ya se hizo mención anteriormente. Y la del P. Tucci, Director de la "Civiltà Cattolica".

Era de prever que la Asamblea se planteara el tema de las relaciones con la Iglesia católica, francamente buenas desde la Asamblea de Nueva Delhi y a raíz del Vaticano II. Pero se podría temer que a algunos les parecieran demasiados los pasos que se habían dado en poco tiempo en este acercamiento. Pues bien, cuando se presentó a la aprobación de los delegados el documento que había de regular en el futuro próximo las relaciones del CEI con la Iglesia católica, no hubo lugar a la deliberación. Se aprobó después de unos minutos de reflexión por unanimidad, como se aprueba algo que se considera evidente y sin posible discusión.

El tema distribuido y aprobado constaba de tres apartados.

En el primero el Consejo constata jubiloso la nueva postura de la Iglesia católica romana ante el movimiento ecuménico: "El Concilio Vaticano II, dice, ha explicado de una manera nueva el punto de vista y la actitud de la Iglesia católica romana hacia las otras iglesias". Este cambio de actitud ha afectado profundamente al movimiento ecuménico, ya que ahora podrán estudiarse los problemas cristianos en toda su amplitud y con todas sus raíces... Puesto que la Iglesia católica romana es uno de los participantes en este diálogo que reúne a casi todas las iglesias, su compromiso activo en el movimiento ecuménico es particularmente esencial para esta comunidad y su testimonio común".

Un segundo párrafo expresa la actitud del Consejo ante esta nueva perspectiva. "Esta Asamblea desea expresar ante todo su agradecimiento por esta nueva ocasión que se presenta para llegar a la comunión en Cristo". Para muchos de nosotros es enormemente estimulante el constatar que tenemos la posibilidad de volver a encontrarnos, de afirmar los lazos que nos unen en Cristo, de determinar juntos la voluntad de Dios sobre nuestra época y de colaborar todos juntos activamente".

"La Iglesia católica, dice el tercer párrafo, ha manifestado un interés nuevo hacia el CEI. Ha aprobado juntamente con el Comité Central del Consejo la creación de un grupo mixto de trabajo. La Asamblea acoge favorablemente esta decisión, constatando que las vacilaciones anteriormente formuladas en cuanto a la posibilidad de

un entendimiento y de una cooperación a corto plazo, se han revelado sin fundamento. La Asamblea anima a este grupo de trabajo para que continúe examinando la cuestión de la entrada de la Iglesia católica Romana con el título de miembro”.

Desde los primeros días de la Asamblea nueve teólogos católicos fueron nombrados, por unanimidad, miembros con pleno derecho de la más importante comisión de estudios teológicos del CEI, que es el departamento de Fe y Constitución. La designación de los mismos recibió anteriormente la aprobación de Roma⁶.

Dado este paso, verdaderamente importante y sin duda alguna uno de los más trascendentes de la Asamblea de Upsala, surgía espontáneamente en la mente de todos la pregunta, ¿por qué no entra la Iglesia católica a formar parte del CEI como miembro activo y permanente?

Este fue el tema tocado por el P. Tucci en su conferencia, una de las más importantes a lo largo de la Asamblea. En ella expuso con claridad y profundidad las líneas principales de la eclesiología católica. La actitud abierta y sincera del conferenciante fue respaldada por una salva de cálidos aplausos que se prolongaron luego en los comentarios ostensiblemente favorables a lo largo de los pasillos, en los comentarios que al resguardo de toda oficiosidad se hacen en los mismos. Un famoso teólogo protestante diría al día siguiente: “Nunca agradeceremos suficientemente al P. Tucci el que nos haya recordado la imposibilidad de realizar un verdadero trabajo ecuménico de espaldas a Roma”.

El título de la conferencia era: “El Movimiento ecuménico, el Consejo Ecuménico de las Iglesias y la Iglesia católica romana”. Empezó haciendo una exposición del cambio de clima en las relaciones de la Iglesia católica y el CEI efectuado en estos últimos años, debido en gran parte a la actitud del Papa Juan XXIII y el Concilio Vaticano II, hasta el punto de que los católicos ya no se consideran como meros espectadores y como extranjeros en las Asambleas del Consejo, como indiferentes o meramente como curiosos, y menos aún como jueces exigentes y duros del movimiento ecuménico, sino como miembros comprometidos en la misma búsqueda colectiva y fraternal de la unidad que Cristo quiere para su Iglesia.

Si la Iglesia católica llega a entrar en el Consejo no será con actitud de poder, sino de servicio. Las ventajas o desventajas que hay que tener en cuenta para dar ese paso, no son las ventajas o desventajas que se le puedan seguir a la Iglesia católica, sino las que resulten para la unidad de los cristianos. La dificultad por consiguiente no es teológica o dogmática, sino psicológica y práctica.

⁶ SOEPI, 15 julio 1968, 11.

Hasta ahora se pensaba en una imposibilidad o más bien inconveniencia de parte de las iglesias miembros, puesto que la entrada de la Iglesia católica con sus quinientos millones de fieles, podría desequilibrar la balanza del CEI, cuyas 232 iglesias miembros no llegan a alcanzar entre todas esa cifra de adeptos, sobre todo teniendo en cuenta las tendencias catolizantes que recorren el CEI por el influjo de las iglesias ortodoxas y anglicanas. Este era el motivo por el cual muchos excluían la entrada de la Iglesia católica, por considerar al CEI incapaz de asimilar a una iglesia numerosa, potente y compacta como es la católica ⁷.

Pero en el momento presente en que se habla tanto de la necesidad del cambio de estructuras dentro del CEI, podría ser la entrada de la Iglesia católica la que provocara sana y eficazmente ese cambio de estructuras que tantos auguran y patrocinan.

De momento la cuestión queda pendiente, pero ya la posibilidad de esta entrada ha empezado a trabajar las conciencias de los preocupados por los problemas ecuménicos empujándolos a un mayor acercamiento, al menos en el deseo.

Algunos, yendo demasiado lejos, veían estos sueños convertidos ya en realidad y pensaban que ésta era la última Asamblea del CEI, y que la próxima sería un verdadero Concilio de la Iglesia Universal, donde todas las iglesias se reunirían para tratar en mesa redonda los problemas comunes que afectan a toda la cristiandad.

El pastor Enrique Chávez, de la iglesia pentecostal de Chile, se expresaba en estos términos: "La entrada católica en el Consejo mundial haría de nosotros un verdadero concilio ecuménico. Sería el golpe más espectacular de nuestro siglo y un síntoma de las verdaderas posibilidades del mundo cristiano unido ante el mundo en su totalidad. Sólo la cuarta parte del mundo cree en Jesucristo. Ese Concilio sería el principio de una nueva era, en la que los cristianos tomaríamos realmente en serio el mensaje que llevamos y que se dirige a las otras tres cuartas partes del mundo".

Pero, si bien no hay dificultad de tipo dogmático, pues después de la declaración de Toronto en 1950, donde se dice que el Consejo no impone ninguna eclesiología y que cada iglesia miembro puede continuar creyéndose la única iglesia verdadera de Cristo, la Iglesia católica podría firmar su inscripción, sin embargo su entrada, de no estar oportunamente preparada podría producir efectos contraproducentes. Por eso, de momento, parece más aconsejable la colaboración que la pertenencia.

Así lo reconocen insignes ecumenistas como el P. Carlos Boyer, S. J., cuando dice: "Existen quienes, desde ahora, sueñan con un

⁷ SOEPI, 12 julio 1968, 2.

concilio general que sería pancristiano, con representación de todas las confesiones cristianas. Tal concilio actualmente, no presenta nada imposible, pero, ¿para qué serviría? Si el trabajo precedente no ha acercado más las confesiones, en relación a una fe común, no sería apenas más que una Asamblea un poco más numerosa, un Consejo o una Federación de Iglesias aún separadas. No sería el Concilio de una sola Iglesia, de la Iglesia de Cristo reconocida en el mismo sentido por todos los cristianos, y que únicamente podría cantar el Te Deum de la unidad encontrada.

Esa hora no ha sonado aún. Estamos todavía en el tiempo de la oración, del diálogo y de la caridad en la desunión. La esperanza que parece estar hoy día permitida, es la de las uniones sucesivas con las iglesias más cercanas, según la docilidad que se ponga en seguir los impulsos del Espíritu Santo”⁸

PUNTO FINAL

Otros muchos temas se han tocado en la Asamblea de Upsala. Demasiados para tan pocos días. El correspondiente a la primera sección, sobre el Espíritu Santo y la Catolicidad de la Iglesia ha sido uno de los que se habían preparado con mayor atención y fue de los tratados con mayor profundidad, sobre todo por la ortodoxia. “La catolicidad, se dijo, es opuesta a todas las formas de egoísmo y de particularismo”. “Todas las iglesias deben ponerse en guardia contra las tentaciones de esclerosis, de división, de tradicionalismo desfasado, de nacionalismo y de sumisión a las autoridades humanas con detrimento de su fidelidad a Cristo”.

“Es largo el camino que hay que recorrer para reunir a las comunidades todavía separadas. Debemos continuar la búsqueda de la unión de todos los cristianos en una misma profesión de fe, en una misma práctica del bautismo y de la Eucaristía, en el reconocimiento de un ministerio para toda la Iglesia”. Siguiendo el postulado de la Asamblea de Nueva Delhi, “es necesario comprometer a todas las iglesias, en todos los lugares, a que tomen conciencia de su común pertenencia y de su vocación a una común tarea”.

La estructuración del segundo tema, referente a la renovación de la misión en la Iglesia, no gustó a las iglesias de tipo conservador que acusaban a este documento de confundir demasiado la predicación de Jesucristo con una simple acción humanitaria. “El texto, decía un anglicano, no recoge suficientemente las lágrimas derramadas por Cristo sobre aquellas ciudades que rechazaron su predica-

⁸ CARLOS BOYER, S. J.: *Upsala, la IV Asamblea del Consejo Ecu-
ménico de las Iglesias*, Unidad Cristiana, 18 (julio-septiembre 1968) 26.

ción". "No insiste suficientemente en la predicación de la misericordia y del perdón concedido por Dios a los hombres", decía un luterano. "No tiene suficiente base bíblica, al contrario que los documentos del Vaticano II", señalaba un pastor del Congo. "Es peligroso invitar a los sacerdotes a la acción política como hace el documento", señaló un representante de las iglesias ortodoxas.

Este tema fue de los que más descorazonaron a algunos, tanto por la falta de un espíritu verdaderamente misionero y por una subestima de la tarea de la evangelización, de lo que por cierto ya se acusó a la Asamblea de Heraclión de 1967⁹ como por la disminución del entusiasmo misionero, a todas luces evidente que se observa en la actualidad e incluso por los nuevos contextos de justicia social y promoción humana en los que quiere diluirse el contenido cristiano de la palabra evangelización¹⁰.

Efectivamente en el texto se afirmaba "Como quiera que la Iglesia misionera es la Iglesia para los otros, la inserción de la misión tiene que verificarse allá donde hay pobres, donde hay miseria, tensiones, dificultades, prejuicios raciales o culturales, en una palabra, conflictos humanos". Es menester insistir en la necesidad de la presencia y del testimonio cristiano en las universidades en ebullición, en las zonas urbanas y en las aglomeraciones de los hombres. "Todos los hombres, de cualquier clase y condición que sean, tienen necesidad de darse cuenta de que dependen los unos de los otros para la edificación de una sociedad industrial justa". "Las iglesias tienen la misma obligación que antes de llevar el Evangelio hasta los confines de la tierra. Pero el mundo de hoy exige que las respuestas sean nuevas"¹¹.

Sobre el problema del culto, objeto de estudio de la quinta sección, también hubo sus debates. Es la primera vez en la historia del CEI que se afronta la elaboración de un texto sobre este tema. Los principales ponentes, además del presidente de la sección, Jean Meyendorff, fueron Roger Melh, profesor en Estrasburgo y el metropolitano Nikodim. Meyendorff, dijo que hoy por hoy el esquema presentado era lo mejor que se podía hacer dada la diversidad de iglesias y la extrema variedad de cultos con que dichas iglesias se dirigen a Dios.

No deja de ser sintomático que su primer título de "El culto en un mudo secularizado", hubiera de ser cambiado por el más sencillo de "El culto" en vista de que los asistentes no llegaban a ponerse de

⁹ OLIVIER ROUSSEAU, O. S. B.: *Le Comité Central du COE tenú a Heraclion (Crete) du 15 au 26 août*, Irénikon, 40 (1967) 501-504.

¹⁰ C. MOELLER: *A la veille de l'Assemblée d'Upsal*, Irénikon, 41 (1968) 193.

¹¹ SOEPI, 24 julio 1968, 4.

acuerdo en el concepto y mucho menos en la valoración de la palabra secularización. Tampoco era del agrado de los ortodoxos, por no tener suficiente contenido doctrinal y sí no pocas lagunas, en expresión del metropolitano Nikodim. En cambio los protestantes tenían miedo de que se llegara, como ocurre en la ortodoxia, a dar más importancia al culto que a la predicación de la palabra de Dios.

Es este tema se tocaron otros muchos y muy importantes en el implicados, como el de la secularización, de la que se destacaron los puntos positivo y negativo. Se hizo una seria llamada para que las iglesias vuelvan a la costumbre de la iglesia primitiva, que celebraba la Eucaristía, por lo menos, los domingos. Que todos los presentes en el servicio eucarístico lleguen a considerar como normal la participación en la manducación de la Eucaristía. Que se sometan a estudio los símbolos empleados en el culto y se procuren adaptar a los tiempos modernos. Y que cada iglesia reexamine su legislación respecto a la admisión de los de otras confesiones a participar en su comunión.

El problema de la intercomión fue largamente debatido, no sólo por estar implicado en la sección quinta, sino por haber saltado de una manera casi escandalosa a la primera página de los diarios por un culto luterano celebrado en la catedral de Upsala en el que se acercaron a comulgar algunos católicos. Entre los protestantes hay una marcada tendencia a la intercomión, sin que esto quiera decir que sea opinión universal ni mucho menos, pues en general los responsables de iglesias no son partidarios de la misma, al contrario de lo que piensan los delegados de juventud. La ortodoxia se declaró unánimemente en plena asamblea contra la intercomión¹² dando para explicar su postura las mismas razones que presenta en sentido negativo también la Iglesia católica¹³.

El texto de la sección sexta que llevaba por título "Hacia un nuevo estilo de vida" fue presentado por el obispo Hanns Lilje. Y en él se hablaba de las relaciones entre generaciones, relaciones familiares, sobre la responsabilidad personal y la comunidad. "La razón que nos permite hablar de un nuevo estilo de vida está basada en las promesas de Dios, que puede dar un nuevo estilo a la vida por el poder de su Espíritu. Un estilo nuevo de vida no puede callar ante las diferencias de clases existentes en el mundo actual. El nuevo estilo de vida no se convertirá en realidad por medio de unos documentos que se aprueben, sino por el compromiso personal de

¹² SOEPI, 15 julio 1968, 7.

¹³ Decreto "Unitatis Redintegratio", n. 8, BAC, Madrid, 1965. Directorio de Ecumenismo, núms. 38 y s. en "Diálogo Ecuménico", 2 (1967) 292-317.

JÉRÔME HAMER, O. P.: *El problema de la intercomión*, "Diálogo Ecuménico", 3 (1968) 189-204.

cambiar su tiempo, sus riquezas e incluso de ofrecer su propia vida por el establecimiento de una sociedad más justa”¹⁴.

Otros muchos problemas se abordaron como el del control de nacimientos, que provocó desde el comienzo un desacuerdo entre las iglesias representadas. Había quienes, en nombre de exigencias demográficas, abogaban por una necesidad absoluta y urgente de limitar los nacimientos, como la antropóloga Margarita Mead. Otros en cambio como el metropolitano Nikodim, se mostraban totalmente opuestos al sistema de control de la natalidad.

Una solución sometida a la aprobación de la Asamblea y en la que se invitaba a las iglesias tomar partido por una planificación familiar, considerada como un enriquecimiento y no como una restricción de la vida humana, encontró una oposición inmediata de las iglesias ortodoxas en bloque, por considerar totalmente “inaceptable” la proposición, además de que podría ser un obstáculo en las futuras relaciones entre la Iglesia católica y otras iglesias cristianas. El tiempo les ha dado la razón, pues la respuesta del Papa en su “*Humanae vitae*” a la problemática planteada en este sentido en el Vaticano II ha sido tajante y definitiva.

Lo mismo habría que decir respecto a otro de los temas más aireados en ciertos medios católicos en los últimos tiempos y sobre los que el Papa ha manifestado clara y valientemente su opinión, como es el de la violencia como medio para llegar a la consecución de una sociedad más justa. Hay quienes han intentado hacer una teología de la violencia. El Papa ha hablado en distintas ocasiones durante el Congreso Eucarístico de Bogotá, patrocinando la evolución y no la revolución.

También en Upsala se planteó el problema, sobre el que presionaron fuertemente numerosos delegados, amén de los representantes de la juventud, pero también en este punto escabroso pudo apreciarse el equilibrio y la sensatez de la Asamblea a través de estos puntos claves, subrayados por el comentarista de “*La Croix*”.

“La justicia exige una transformación profunda y radical de las estructuras políticas y económicas de la sociedad actual. Quienes se oponen a las transformaciones necesarias son responsables de las explosiones de violencia que surgen como inevitablemente. En este caso es el “mantenimiento del orden” quien hace violencia a la justicia.

La violencia es siempre ambigua y jamás realiza por sí misma la justicia. Las iglesias deben poner todo el peso de su influencia a favor de los métodos no violentos en la transformación de la sociedad.”

¹⁴ SOEPI, 22 julio 1968, 8-9.

Teniendo esto en cuenta no tiene nada de particular que se aprobase una moción recomendando "la estrategia de la no violencia" en los cambios sociales y en la eliminación del racismo.

Es imposible encuadrar en una simple crónica todo el denso contenido de una Asamblea tan rica en sucesos, cuando solamente el enunciado de las distintas ruedas de prensa bastaría para llenar páginas enteras, por ejemplo la del 9 de julio por el Dr. Ramsey, hablando de las relaciones del anglicanismo con la Iglesia católica y con otras iglesias. La del metropolitano Nikodim sobre el diálogo con los marxistas, sobre la intercomuni6n y el control de nacimientos. La que en sentido contrario al del anterior tuvo acerca del diálogo con los marxistas el profesor de Praga Joseph Hromadka. Las de los días 16 y 17 acerca del problema sexual en Suecia y sobre los acontecimientos de Nigeria y Biafra. O la del Dr. Carson Blake respondiendo a una serie de preguntas que se le hicieron sobre los logros y fallos de la Asamblea.

Hubo hermosos conciertos, exposiciones culturales, programas de cine y sesiones televisadas. Hubo representaciones teatrales. Homenajes, como el de Martín Lutero King, el nombramiento de Presidente de honor del CEI en favor de Visser't Hooft. Actos emotivos, como la ofrenda por Nikodim, en nombre del patriarca de Moscú de un icono de la Stma. Trinidad, de San Andrés de Roblov. Gestos interesantes como el de un delegado de Nigeria que, en sesión solemne dijo que él se sentía culpable delante de Dios de tantos sufrimientos como se producen en su país, y de que tantos dispendios que debieran emplearse en el desarrollo de su propia nación se gasten en la destrucción de sus hermanos".

La actitud de más de cuatrocientos delegados, quienes después de terminada la sesión de la mañana del 15 de julio, se quedaron a comer en silencio y en acto de oración como solidarización simbólica con todos los que sufren y tienen hambre ¹⁵.

Hubo momentos de tensión como cuando los jóvenes, apoyados por algunos delegados pedían la retirada de la policía del Fyrishal, del Palacio de los Deportes, donde tenían lugar las reuniones de la Asamblea. Momentos emotivos, al leerse el Mensaje del Secretario de las Naciones Unidas, U Thant, hablando de que los problemas que abordaba el CEI eran muy parecidos a los de la ONU. Y que era menester hacer un frente común en este veinte aniversario de la proclamación por la ONU de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre.

Los actos de culto, como el de la catedral de Upsala el día 16, según la liturgia de San Juan Crisóstomo, que es la más extendida

¹⁵ SOEPI, 22 julio 1968, 2.

entre los ortodoxos, y que se celebró en inglés, francés, ruso y griego por los arzobispos Nikodim, Emilianos y Paauali de Finlandia. O el que tuvo lugar durante un día de asueto en Estocolmo, al aire libre en el Square Sergel, teniendo por fondo, por un lado, casas ultramodernas, grandes bancos y comercios con comestibles de todo el mundo y, por otro lado, casas en ruinas. Con la estación del metro cerquita y torres góticas de viejas iglesias. Todo un símbolo de los tremendos contrastes del mundo actual. En el acto de culto hubo lecturas, oraciones, sermones, cánticos acompañados y orquestados por la banda del Ejército de Salvación.

A continuación, recepciones oficiales en distintos sitios de la ciudad además de las que tuvieron lugar en varias embajadas, donde fueron cumplimentados los representantes de las naciones respectivas en la Asamblea de Upsala. También el embajador de España en Suecia, Excmo. Sr. D. José Felipe Alcover, recibió el testimonio de afecto de la delegación española, formada por católicos y protestantes de nuestra nación

A algún observador quizá le pudiera parecer la Asamblea de Upsala no suficientemente cargada de espiritualidad. Fuera de los actos de culto y de algunas intervenciones dentro de las deliberaciones y del estudio de los temas en que se hacían llamadas a la renovación interior, la mayor parte del tiempo y de las palabras han discurrido por cauces de problemática humana. Se hubiera deseado una tónica más espiritual en las intervenciones, como correspondientes a hombres de Iglesia. Aquel tono adoptado por el metropolitano de Lataquia Ignacio en su discurso de apertura sobre el tema de la Asamblea, se echó de menos en el resto de la misma. Intervención brillante y profunda la suya. Rebosante de actualidad y saturada de espiritualismo. "Es el Espíritu Santo el que tiene que hacer nuevas todas las cosas. El futuro ya se nos ha hecho presente en la muerte y la resurrección de Cristo. La parusía ha entrado de rondón en nuestro tiempo y ha dinamitado nuestros sepulcros. La muerte de Cristo es nuestra resurrección. ...Porque Dios es Dios se nos ha hecho hombre en Cristo. Y porque Dios se ha hecho hombre, el hombre no puede ser plenamente tal si no está deificado. La encarnación de Dios y la deificación del hombre son un solo y mismo acontecimiento: la verdadera Novedad"¹⁶.

Por eso, ¡qué sabroso, después de tanto ruido de palabras, el silencio impregnado de oración en la catedral de Upsala el día de la clausura!, cuando todos los que se habían fatigado durante la Asamblea en aportar luz y soluciones a los problemas planteados en la misma, se arracimaban en una oración compacta y apretada, convencidos de que es El, el Padre de las luces, el que tiene que

¹⁶ SOEPI, 10 julio 1968, 5.

marcar la hora del gran suceso que allí les había convocado: la búsqueda de la Unidad.

Y esta unidad no ha amanecido aún. Continúa siendo un deseo largamente y pacientemente acariciado a través de todos los Congresos y reuniones del CEI, ya que en todos ellos aflora, como tónica, como constante, el anhelo de la unidad. "Nosotros avanzaremos juntos" (Lausana, 1927); "unidad y unión", tema de Edinburgo, 1937; "permaneceremos juntos", se dijo en Amsterdam en 1948; "el camino de la Unidad es el que lleva a Cristo (Lund, 1952); "¿Qué significa unidad en Cristo?", se preguntaban en Evanston, 1954; "La naturaleza de la Unidad que buscamos", fue el tema de estudio en Nueva Delhi en 1961; diversidad de teologías y búsqueda de la unidad, en Montreal, en 1963; ¿Cómo podremos conocer la naturaleza de la unión que Dios quiere para nosotros en estos momentos en que son tantos y tan profundos los contactos con Roma?, se ha preguntado en Upsala"¹⁷.

Si bien, como luego diremos, la Asamblea de Upsala se ha caracterizado por un maravilloso equilibrio, esto hay que entenderlo referido al desarrollo de las deliberaciones y al resultado de las conclusiones, pero no en cuanto a la estructuración y reparto de la temática. Es C. Moeller quien, al exponer el programa de Upsala, nos habla de un desequilibrio entre lo que él llama "ecumenismo retrospectivo (al que en Upsala se ha dedicado sólo la sección I) y ecumenismo prospectivo (que ha acaparado las secciones II a la VI). Y dentro del ecumenismo prospectivo se han llevado la parte del león las secciones III y IV, que tratan del desarrollo económico y social y de los caminos para llegar a la justicia y a la paz en las relaciones internacionales"¹⁸, es decir, los temas humanos aunque vistos desde una perspectiva eclesial.

Lo cual en cierto modo puede justificarse si se tienen en cuenta las palabras de un ilustre ecumenista católico, Le Guillou, cuando afirma en un libro escrito en colaboración y que lleva por título "Un nouvel âge oecuménique": "Hemos de tener en cuenta un hecho verdaderamente paradójico: el ecumenismo alcanza su mayoría de edad precisamente en el momento en que la fe atraviesa una de las crisis más profundas de su historia; están cruzando las distintas comunidades cristianas corrientes teológicas que problematizan la misma fe cristiana diluyendo el contenido de la Biblia y queriendo secularizar completamente el mensaje evangélico. Precisamente por eso se necesita con mayor urgencia que nunca para el porvenir del ecumenismo encarar corajudamente el problema de las relaciones Iglesia y mundo. El misterio de la Iglesia tendrá que ser enfocado

¹⁷ N. D. F. O., Geneve, 1968, 163-164.

¹⁸ C. MOELLER: Irénikon, l. c., 164-224.

en su relación con Cristo y con el mundo. Como lo ha afirmado Pablo VI: "La Iglesia no es fin en sí misma, sino que desea ser totalmente para Cristo, en Cristo y por Cristo, e igualmente toda entera de los hombres, entre los hombres y para los hombres" ¹⁹.

Para valorar convenientemente la Conferencia de Upsala, a la que se ha considerado por eminentes ecumenistas como el acontecimiento religioso más relevante del año 1968 ²⁰ y en cuyas conclusiones debemos estar interesados también los católicos, devolviendo a Visser't Hooft las bellas palabras que él dijo en el año 1962, al final de la reunión del Comité central del CEI en París y a propósito de la convocatoria del Concilio Vaticano II: "Nostra res agitur", son nuestros propios intereses espirituales los que aquí se barajan, para justipreciar dicha Asamblea no hay que perder de vista estas bellas expresiones de Mons. Carlos Moeller, subsecretario de la Congregación para la doctrina de la Fe en Roma: "Los problemas de Upsala son los del CEI. Y son también, en gran parte, los que preocupan a todas las denominaciones cristianas, verdaderamente comprometidas en las tareas del ecumenismo... porque éste es retrospectivo y prospectivo. Es recuerdo y es profecía. Un "memorial" auténticamente vivo del pasado —no un recuerdo meramente nostálgico del ayer—. Un pasado que se nos hace presente en el momento actual, que es el "kairos", el "tempus acceptabile", profecía y esperanza. A imitación de la Eucaristía del Señor que, como lo recordó la Asamblea de Montreal, es "memorial" de la muerte y de la resurrección de Cristo, "comunión" en Cristo, y mediante el Espíritu Santo, es profecía, "esperanza" de ver la manifestación de Nuestro Gran Dios y Salvador, Jesucristo" ²¹.

Es demasiado pronto para hacer un balance objetivo de la Asamblea. Se precisa que pase el tiempo para tener una perspectiva más clareada de las cosas. Pero, si se me pidiera una impresión de la misma, aparte de hacer más las palabras de Carson Blake, de que ha sido mucho menos tradicional de lo que no pocos presumían, pues ha hecho un desplazamiento del interés de las Iglesias desde los problemas interiores a los exteriores, y de sus preocupaciones puramente eclesiásticas hacia sus tareas entre los hombres y en medio del mundo, yo haría un resumen de las manifestaciones de dos grandes ecumenistas, el Dr. Visser't Hooft y el P. Jérôme Hamer, O. P.

¹⁹ LE GUILLOU: *Un nouvel âge oecuménique*, París, 1966, 8.

²⁰ MAURICIO VILLAÍN: *Los católicos ante la Asamblea de Upsala*, Renovación Ecuménica, I (1968) 19.

C. MOELLER: *La Asamblea de Upsala, el acontecimiento más importante del año*, Unidad Cristiana, 18 (abril 1968) 42.

²¹ C. MOELLER: l. c., 223-224.

Upsala supone una expansión con respecto a la Asamblea anterior, la de Nueva Delhi. Y esto no sólo en un sentido geográfico, en cuanto que ha habido representadas más iglesias del tercer mundo, particularmente de Africa. Ha habido también más iglesias orientales, la iglesia rusa, la búlgara, la servia. Sino también en el terreno de la temática y de los participantes de otras religiones no pertenecientes al CEI, como los católicos. Los temas mundiales de carácter social y económico han jugado un papel importante, sobre todo después del Vaticano II y la Conferencia de Ginebra.

En el terreno teológico se ha seguido la misma línea de teología bíblica. Hay otras corrientes de carácter horizontal, que quisieron reemplazar el lado vertical del cristianismo por un ideal solo de servicio y de relaciones humanas, pero, en el sentir de Visser't Hooft, no han tenido gran influencia en Upsala.

Para el P. Hamer lo más destacado ha sido el equilibrio que ha logrado mantener la Asamblea, equilibrio en las decisiones tomadas y equilibrio en los documentos. Los organizadores de la Asamblea han sabido evitar dos escollos: el de un cristianismo individualista y encerrado en su experiencia religiosa, una especie de pietismo, y el escollo de un cristianismo que pierda su contacto con el mundo. Este equilibrio ha sido debido principalmente al influjo de las primeras conferencias de Visser't Hooft y de Carson Blake, quienes claramente afirmaron que la postura auténtica cristiana se encuentra en el punto de intersección de las dos dimensiones, horizontal y vertical.

Otro equilibrio es el de haber superado las tensiones raciales, políticas y de edad, en algunos momentos severas y duras.

Se ha dado un gran paso en el estrechamiento de relaciones entre iglesias, particularmente con la católica.

Ha supuesto, según el P. Hamer, un avance en el sentido de catolicidad. Porque una Asamblea, de mayoría protestante, ha llegado a aceptar la palabra y el concepto de catolicidad. En Amsterdam la palabra "católico" designaba sólo a ciertas iglesias opuestas a las iglesias de tipo protestante; ahora todos tienen la idea de que la Iglesia, a la cual todos los cristianos deben reunirse, es católica. Esto es importante. En el análisis de la noción de catolicidad se ha insistido sobre dos cosas: que la catolicidad es ya un hecho actual, y que al mismo tiempo es una realidad en progreso; que es un don de Dios, que Dios nos da, y una realidad permanente en la historia.

Los católicos y los ortodoxos, cuando hablamos de catolicidad, decimos mucho más, pero lo que se ha dicho en común en Upsala es válido y tenemos que agradecerse²².

²² SOEPI, 22 julio 1968, 14-15.

Es claro, por tanto, que los temas desarrollados en la bella ciudad sueca coinciden en gran parte con los temas del Vaticano II. Es decir, con todo lo que llevamos los católicos dolorido y tatuado en el alma. También en Upsala, a la hora del estudio de su programa, también se han marcado las dos tendencias, la conservadora y la acelerada, como se marcaron en nuestro Concilio.

Y también aquí, como en el Vaticano II, el triunfo ha tenido que ser del Espíritu Santo, al que repetidas veces se ha invocado.

JULIÁN GARCÍA HERNANDO

*Secretario del Secretariado
Nacional de Ecumenismo*